

Cristóbal Moya y Lorena Fuentes.
Un lugar para los libros.
Reflexiones del Encuentro Nacional
sobre Cultura Escrita y Prácticas Lectoras.
Santiago de Chile: LOM, 2016.

Por Tomás Peters
 Universidad Diego Portales

El libro ha logrado, hace bastante tiempo, un interés sociológico innegable. En efecto, para que llegue a un lector específico, el libro logra su *estatuto de valor social* no solo gracias al escritor (o investigador) y sus actores mediadores –agentes literarios, editoriales, librerías, bibliotecas, críticos, etc.–, sino también mediante influencias concretas de instituciones públicas, centros de investigación, organismos internacionales, etc. Desde el momento en que Aldus Manutius imprimiera las primeras ediciones de bolsillo para la *intelligentsia* veneciana del siglo XVI, el libro ha sido reconocido como un transmisor fundamental del pensamiento humano así como también como un generador de disputas políticas, tensiones sociales e intereses económicos.

“Un lugar para los libros” se sitúa en ese registro de debates pero en el Chile actual. En sus páginas se recopilan las principales ponencias presentadas en el Encuentro Nacional sobre Cultura Escrita y Prácticas Lectoras desarrollado entre mayo y junio de 2015. El objetivo de ese encuentro y, obviamente, el de este libro, fue la necesidad de pensar el ecosistema del libro en Chile y discutir la formación de una sociedad lectora desde varios registros de análisis: los hábitos de lectura de los chilenos, sus capacidades de lectoescritura, el preocupante analfabetismo funcional nacional, la compra y tenencia de libros en los hogares, las nuevas tecnologías de la información y su influencia en las prácticas lectoras y, por cierto, el rol de la industria editorial en Chile, entre otros temas. En su conjunto, tanto



el encuentro como el libro hacen frente a una constatación general: la lectura de libros en Chile no solo refleja la profunda desigualdad social del país sino también ciertas paradojas. Si bien hoy se experimenta un aumento sostenido de publicaciones de libros, editoriales independientes y nuevos escritores, al mismo tiempo se publican menos reediciones, los índices de lectoría decrecen y los circuitos de distribución se vuelven cada vez más restringidos y centralizados. En suma, un diagnóstico de época que exige pensar el libro desde un debate amplio e interdisciplinario.

“Un lugar para los libros” se divide en tres partes y se compone de diez artículos. La primera parte “En busca de un lugar. Ensayos sobre literatura y lectura en el siglo XXI” abordan las transformaciones de la lectura en Chile –un diagnóstico que oscila entre el pesimismo y la esperanza– así como también la discusión de la literatura como dispositivo político en tiempos de la cultura digital.

Esta sección se inicia con el texto “Lectura de libros, lectura de imágenes y práctica política en Chile” del profesor Grínor Rojo. Desde el comienzo el autor realiza un reproche concreto a los partidos políticos de la antigua “Concertación” y actual “Nueva Mayoría” por el déficit educacional y cultural del Chile actual. Para él, hoy más que nunca se necesitarían sujetos pensantes, informados, críticos y políticamente eficaces. Para lograr aquello se requeriría, naturalmente, superar ciertos obstáculos fundamentales. Por una parte, el profesor Rojo describe algunas estadísticas de lectura en el país y refuerza el preocupante aumento del analfabetismo funcional de los chilenos (por ejemplo, el autor señala que el 56% de la población

no lee y solo 3% de los que sí lo hacen logran evaluar críticamente o formular hipótesis reflexivas de un texto específico). Esto tendría, según Rojo, consecuencias importantes para pensar lo político hoy: debido a la falta de capacidad crítica, la población nacional no poseería un discernimiento político adecuado. Por otra parte, las letras estarían siendo reemplazadas por la imagen y la audiovisualidad. Aun cuando existiría cierta complementariedad entre “papel y pantalla”, la hegemonía de esta última estaría liquidando la capacidad de análisis de las personas. Frente a este diagnóstico, el profesor Rojo señala que la lectura, así como la hemos entendido en la historia moderna, produce inferencias conceptuales y fomenta la reflexión crítica, es decir, genera una sociedad pensante. Y, como tal, debería defenderse ante tanto deslumbramiento de las “virtudes” de las TIC.

El segundo texto, “La lectura literaria: ¿un espacio para reproducir o para construir?” de Anahí Troncoso, se inicia señalando que la literatura es un dispositivo de construcción de subjetividades. Desde esa hipótesis de trabajo, Troncoso elabora un análisis de la literatura destinada a la primera infancia. Según ella, es necesario fomentar la literatura con *trabajo estético* y que priorice los espacios de liberación y autonomía que se establecen entre lector y texto. Bajo ese propósito, la selección de textos infantiles debería ser consciente y criterioso, y alejado de los valores hegemónicos adultocéntricos. Para la autora, los niños deberían leer lo que produce pensamientos divergentes, y por medio de esa literatura infantil *de la diferencia*, enfrentar los canales de dominación existentes.

El tercer texto, escrito por Carolina Gaínza y titulado "Experiencias hipertextuales: escritura y lectura en digital" puede comprenderse como una "contraposición" al texto de Grínor Rojo. Gaínza se pregunta: ¿han cambiado las formas de escribir y de leer en la era digital? Para ella, esto es innegable y lo han hecho "para bien". En simple, se sitúa en contra de los apocalípticos anti-tecnológicos. En su texto refuerza permanentemente la idea que la cultura digital no solo ha generado un aumento explosivo de información, sino también, y sobre todo, ha provocado diversas experimentaciones literarias. Por ejemplo, Gaínza señala que la literatura digital –pensada también como una materialidad– ha generado nuevas comunidades de escritores-lectores (conocidos como "prosumidores") así como también una estética hipertextual y nuevas prácticas de *hackeo* cultural (agentes que interactúan, intervienen y extienden los sonidos, ritmos, palabras e historias tomados desde la red). Para la autora, esta lógica de "corte y confección" tecnológica pone en cuestión las políticas del *copyright* y fomenta el reciclaje permanente de textos culturales en constante circulación.

El último texto de esta parte se titula "Leer al que lee: juventud y nuevas tecnologías de lectura". En él, el filósofo Martín Hopenhayn refuerza la tesis que señala que "la juventud" es una construcción moderna. En la modernidad el joven gozaría de una moratoria: no estaría obligado a trabajar porque en esos años debería adquirir las destrezas y capacidades para la adultez. Si bien el joven actual vive en la cultura del presente y logra diseñar su autonomía e identidad en esos años, es también en ese momento donde debe forjar una

"estrategia del conocimiento" (por ejemplo, la lectura disciplinante que lo ayudará en su carrera laboral). Sin embargo, Hopenhayn cree que la tecnología no solo ha cambiado las formas de autorregulación y de disputas de autoridad de los jóvenes con los adultos, sino también la "profundidad de la lectura" que ellos realizan. En el presente, el libro debe negociar con la motivación y el esfuerzo de los jóvenes bajo la cultura digital. Y ese es justamente un desafío que producirá nuevas lógicas lectoras antes que su desvanecimiento.

La segunda parte esta compilación se titula "El lugar de las pruebas. Estudios sobre el campo editorial y la historia del libro". En esta sección se describe la trayectoria actual e histórica del libro y las características de las editoriales independientes que han emergido en los últimos años en Chile. Además, se analizan las preferencias lectoras de los chilenos mediante un estudio acerca de los *bestsellers* locales.

Esta sección se inaugura con el artículo de Bernardo Subercaseaux "El libro y la lectura: tres momentos". Desde el inicio el autor afirma que la historia del libro y la lectura es también la historia de la sociedad en el tiempo. De hecho, para él la práctica lectora es el resultado de la organización social y del orden simbólico de la sociedad. Señalado aquello, Subercaseaux describe los tres momentos principales de la historia del libro en Chile: el primero, que duraría entre 1810 y 1830, se caracterizaría por la llegada de la primera imprenta al país y la impresión de la *Aurora de Chile*. Para el autor, en esta época el libro osciló entre una modernidad ilustrada y las prácticas de la Colonia. El segundo período ha sido descrito por

el profesor como la “época de oro” del libro en Chile: entre 1930 y 1950 surgió una expansión editorial inédita en la historia del país. Sumado al oficio de editor que emergería gracias a la llegada de europeos por las guerras mundiales y las políticas de los gobiernos del Frente Popular, el libro lograría en aquellos años una valoración social única. Finalmente, el tercer período correría entre 1990 hasta el presente. Para Subercaseaux esta etapa se caracterizaría por una continuidad de las lógicas de la dictadura militar, es decir: liberalización de los mercados, desregulación del Estado y el surgimiento de nuevas tecnologías. A pesar del diagnóstico crítico frente al presente del libro en Chile –donde se privilegia lo *impaciente* antes que lo *denso*–, el profesor Subercaseaux se manifiesta expectante a las mutaciones que puedan surgir en el futuro.

“La pequeña edición en Chile (2009-2014)” de Pierina Ferreti y Lorena Fuentes analiza el surgimiento de pequeñas editoriales independientes en Chile. En su estudio, las autoras manifiestan que estas nuevas propuestas ingresan en la trama de disputas por el sentido y producción de las ideas. En otros términos, se podría decir que estas propuestas editoriales *minoritarias* son tanto una resistencia a la industria cultural contemporánea así como también una voluntad concreta por disputar las posiciones en el campo editorial local. Para describir este fenómeno, Ferreti y Fuentes describen las principales conclusiones de su estudio: debido a la falta de espacios de edición, estas editoriales independientes utilizan las tecnologías de impresión y edición como una herramienta política. Al mismo tiempo, anotan que los editores independientes se caracterizan por una alta polifuncionalidad, poseen

una formación académica avanzada, los “tirajes” de libros son heterogéneos, se concentran en la Región Metropolitana y la poesía tiene un lugar importante en sus catálogos de ofertas.

Esta segunda parte finaliza con el texto de María Eugenia Domínguez “La edición chilena y la formación de las preferencias lectoras”. En él, Domínguez expone los resultados de su estudio respecto de los *bestsellers* en Chile entre 2000 y 2012. La investigadora señala que, entre sus primeros hallazgos, en Chile se publican numerosas primeras ediciones pero en bajos tirajes y que, además, es complejo que estas logren constituirse como *bestsellers*. Según ella, el 87% de los libros publicados en Chile nunca llegarán a ser leídos ampliamente debido a su poca circulación en el mercado. Y si llega a suceder, no será en ficción sino en ensayo o crónica. Domínguez señala además que, para llegar a ser un “súper ventas”, los rankings son una fuente fundamental para la orientación de la lectura sumado a la fama del escritor, las estrategias de las grandes editoriales transnacionales y el papel de los críticos literarios.

La tercera parte del libro aborda algunas “Reflexiones sobre el conocimiento y método en torno al libro y la lectura”. Por medio de un análisis principalmente sociológico, esta última selección de artículos se enfoca en el campo editorial local y cuáles son las principales líneas de investigación –tanto a nivel teórico como metodológico– del libro y la lectura en la actualidad.

El editor e investigador Paulo Slachevsky es el encargado de abrir esta última parte del libro. En su artículo “La edición independiente entre

tensiones y desafíos. Aproximaciones al campo editorial en Chile”, el autor *aplica* una sociología del campo editorial *desde* Bourdieu. Gracias a su experiencia en este rubro, Slachevsky expone con lucidez las particularidades del mundo editorial local: castigada por el golpe militar, luego por el dominio neoliberal global y en la actualidad por las nuevas tecnologías, la industria del libro en Chile sería especialmente compleja y particular. En efecto, el campo editorial local tendría algunas disputas por la definición de sus reglas: por una parte, las tensiones por el derecho de autor entre los editores “comerciales” e “independientes”. Por otra, el rol que cumple el Estado en las compras públicas de libros, y los desbalances y disputas que emergen entre grandes y pequeños editores. Y, finalmente, el papel que juegan los autores, la prensa y la crítica especializada en la circulación del libro. En síntesis, Slachevsky describe el desafío de la lucha por combinar arte y sustentabilidad, entretenimiento y lucro, prácticas liberadoras y prácticas evasivas.

“Los aportes de la sociología para una agenda de investigación sobre prácticas lectoras en Chile” de Cristóbal Moya sistematiza las principales corrientes de análisis de la sociología de la literatura actual. Luego de esbozar algunas consideraciones teóricas y metodológicas acerca de la lectura, el autor se concentra en exponer las principales líneas de análisis disponibles en el “mercado” académico sociológico. En una primera aproximación, Moya destaca la vinculación de los distintos niveles del fenómeno lector: plano individual, interaccional, institucional y estructural. Luego, se enfoca en exponer la “Sociología de la interpretación literaria”, cuyo propósito es entender los modos

de interpretación de los lectores y los lazos –vivenciales, emotivos, reflexivos, etc.– que ellos establecen con ciertas lecturas. Posteriormente, existen ciertas sociologías que se sustentan en evidencias empíricas y que aportan insumos cuantitativos para elaborar intervenciones en el fomento lector. Finalmente, Moya expone ciertas corrientes de la “nueva” sociología del arte que se enfocan en las materialidades literarias. En su cierre, el autor se acoge a una necesaria interdisciplinaria analítica.

El último artículo del libro se titula “El libro y la definición del libro en Chile. Reflexiones en torno a su función social” de Felipe Espinosa y Gino Bailey. En él, los autores discuten los problemas metodológicos que acarrea hablar de *una* industria editorial y la complejidad inherente de definir el libro como un objeto cultural. Por medio de un estudio de los ISBN en Chile y de un análisis de las definiciones de libro de la UNESCO, el artículo llega a la conclusión que la industria del libro local es diversa en sus propósitos y objetivos. A partir de aquello, resulta necesario para los autores entender el libro como un *sujeto social* –uno capaz de funcionar como un coactivador cultural y político–.

“Un lugar para los libros” expone, en definitiva, un excelente diagnóstico o estado del arte del libro en Chile hoy. Además de acoger a diversas generaciones de académicos e investigadores, exhibe con claridad las diferencias teóricas, metodológicas e incluso políticas que existen en torno al libro y su tiempo histórico. En sus páginas hay discusiones importantes y retoma ciertos debates históricos. Por ejemplo, es evidente constatar cómo se “actualizan” viejas discusiones

entre Adorno y Benjamin respecto de las oportunidades políticas de la reproductibilidad técnica (hoy tecnologías de la información o cultura digital) a partir del libro. Al mismo tiempo, los artículos dejan varias preguntas abiertas que no son posibles de responder con claridad en el presente. El libro, como un "objeto moderno", sigue siendo parte del *continuum* de la historia.

Indudablemente, esta compilación es un aporte a una serie de discusiones en curso acerca del libro. Sin embargo, me parece que algunos temas de alta relevancia quedaron pendientes. Uno de ellos es la discusión por la eliminación del IVA y sus implicancias en el acceso al libro en Chile. Este ha sido un debate importante no solo en la industria del libro sino también en las políticas de acceso al mismo. En segundo lugar, hubiera sido interesante incluir un artículo que evaluara o discutiera una de las políticas de acceso

cultural más polémicas de los últimos años: el "Maletín Literario". ¿Cuáles fueron sus aportes y alcances? ¿Los hubo? ¿Qué pasó con esas familias y niños? Abordar estas preguntas concernientes a las *políticas de acceso* hubieran ayudado también a profundizar el rol del libro en un país con altos niveles de desigualdad cultural. Finalmente, "Un lugar para los libros" dejó fuera de atención, justamente, "el lugar de los libros": las bibliotecas. En el Reino Unido, por ejemplo, han sufrido notorios recortes presupuestarios y un número importante de ellas simplemente cerradas. Pensar la sustentabilidad de las bibliotecas en Chile hubiera sido otro aporte más a un libro que, por sí solo, ofrece elementos suficientes para avanzar en la pregunta contemporánea respecto del libro y, además, para evaluar el impacto de la nueva "Política Nacional de la Lectura y el Libro 2015-2020" del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile.

Taller de letras ·· Normas de Publicación

Fundada en 1971, **Taller de Letras** es una publicación bianual del Departamento de Literatura de la Facultad de Letras, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, indexada a las bases de datos ISI, HAPI, MLA, HLAS, EBSCO, Dialnet, Pro Quest y Latindex.

Tiene como propósito la difusión de estudios que incentiven el diálogo entre discursos literarios y culturales, desde un contexto hispanoamericano. Como su nombre sugiere, la revista es un espacio comprometido con la búsqueda permanente de nuevos enfoques y materiales críticos.

Taller de Letras publica trabajos escritos en lenguas española, inglesa y portuguesa. Cada uno de sus volúmenes se organiza en tres secciones: "Artículos", "Documentos" y "Reseñas". En "Artículos" se publican estudios que pertenezcan, de manera preferente, a investigaciones formalizadas, que posean una tesis original, una discusión acuciosa y referencias actualizadas. La extensión de los artículos -incluyendo bibliografía y notas a pie de página- no debe superar las 25 carillas en papel tamaño carta e interlineado doble. Asimismo, se deben acompañar de un resumen de 70 a 100 palabras, en inglés y en español, y de tres conceptos claves. En "Documentos" se publican avances de textos literarios, entrevistas, o *dossier*. La extensión recomendada para los textos que componen esta sección es de 15 carillas. En "Reseñas", en tanto, privilegiamos trabajos acerca de publicaciones de teoría y crítica de aparición reciente, que sirvan de referencia a futuras investigaciones o que motiven el debate cultural. Su extensión máxima es de diez carillas.

La composición de artículos, documentos y reseñas debe ceñirse a las normas del MLA Handbook for Research Papers. En la página inicial de todos ellos debe indicarse el nombre completo del autor así como su filiación institucional. Las colaboraciones pueden remitirse -como archivo Word™- al correo electrónico del Comité Editorial de la revista: letras@uc.cl. Una vez recibidas, serán enviadas a evaluadores externos en un sistema de referato a ciegas.

